

Mensuario Teosófico

Organo de relación entre los teósofos españoles e hispano-americanos

LA RESPONSABILIDAD DE LOS ARTÍCULOS FIRMADOS CORRESPONDE A SUS AUTORES, Y A LOS TRADUCTORES EN LAS TRADUCCIONES

LA ORACION COMO CIENCIA

POR W. WYBERGH.

(Continuación).

Ahora nos encontramos en situación de considerar en su debida conexión algunos aspectos comunes y populares de la oración e indicar algunas de las razones del éxito o fracaso.

El éxito implica el ponerse en armonía con el depósito de la energía natural, que también puede llamarse poder y vida de Dios o, más exactamente, manifestación y modo de energía afín con el determinado plano a que la oración pertenece. El efecto no es producto de provisión privada de energía, sino del Poder de Dios, de todo el depósito de vida y energía del Universo, que permanece latente hasta que se provea del canal necesario para su manifestación lo mismo que la electricidad en el mundo físico, como nos dicen los físicos. La oración en el mundo físico, es decir, la acción, no es la abrogación de la ley natural, sino su aplicación práctica. El que hace uso de la potencia del vapor no la crea, sino que, utilizando las leyes de la gravedad y la termodinámica, gira una letra contra los ilimitados depósitos de la energía solar, que, invariablemente, se paga hasta el último óbolo. El que se tenga éxito depende de la debida relación de los medios con el fin y de la exactitud con que las varias leyes se ponen en armoniosa actividad.

Lo más difícil de comprender al principio es la razón del éxito o del fracaso en las oraciones de transición, que incluyen objetivos y actividades físicos y super-físicos y en las cuales se trata en realidad de convertir la energia mental en física, necesaria

para producir efectos físicos. Las oraciones de esta índole de éxito más fácil y seguro son las que tienen conexión con el estado de nuestro cuerpo físico porque nosotros poseemos ya una maquinaria nerviosa altamente organizada y elaborada para la transformación y directa aplicación de la energía en este campo. Es evidente que hay límites también aquí porque la oración no ha de reemplazar una pierna amputada, y sería una locura intentarlo. En este campo particular no existe ni puede improvisarse maquinaria adecuada para la transformación de la energía mental en física. ¿Qué ocurrirá, pues, si uno lo intenta? ¿Es que la energía se pierde? ¿Es vana la oración? No hay tal. Jamás se ha perdido ni puede perderse nada en el Universo. Si pierde una salida, encontrará seguramente otra manifestación. Mucho se malgastará y disipará por frotación, relativamente inútil, en el plano mental como la energía muscular mal aplicada se disipa en calor y frotación en el plano físico; pero, aún así, como la mente o alma no es mero mecanismo, sino un vehículo orgánico vivo, este esfuerzo de la voluntad, esta concentración del pensamiento que supone la oración produce su efecto en la fabricación, por decirlo así, de los músculos del alma y aumento de sus capacidades. Las leyes de la fisiología nos enseñan el modo de acrecentar la energía corporal por medio del ejercicio; es decir, gira contra la energía del universo entero. Del mismo modo, el alma adaptándose a las leyes de la psicología en la oración, se coloca en situación de no poder menos de atraer todo el poder y vida de Dios manifestados en el plano psíquico, que entonces fluyen a ella y la forman.

Naturalmente, estas actividades y oraciones pueden ser útiles o dañosas con entera independencia de su éxito, lo mismo que en las actividades físicas. Hay formas de actividad y gimnasia física que pueden realizar plenamente su objeto y envolver, sin embargo, un daño para el cuerpo. Hay otras que, sin perjudicar realmente al cuerpo, pueden tender a embarazar el desarrollo mental. Hay, pues, oraciones por la victoria y el éxito que, incorporando principios de odio, pueden positivamente dañar al alma, y otras, de naturaleza egoista, que, sin ser realmente dañosas sino más bien edificadoras y fortalecedoras de sus poderes y facultades, pueden, sin embargo, tender a hacerla menos útil como vehículo de la energía espiritual. Por consiguiente hay oraciones que, siendo hasta demasiado afortunadas, encierran serios obstáculos para el porvenir.

En todas estas oraciones, buenas o malas, eficaces o ineficaces, los resultados—cada uno en su plano—concuerdan con la ley y nada más. Pero la presencia de un elemento cualquiera de altruismo, devoción o amor, dirigido a Dios, al hombre o a un ani-

mal, añade efectos de naturaleza diferente. La ley del Amor (distinto de la simple emoción o deseo) es al Espíritu lo que las de la psicología a la mente o las de la física o fisiología al cuerpo. En cuanto una oración se conforma con esta ley, coloca al hombre en relación con el mundo espiritual y lo capacita para utilizar su energía. Y así como una oración con objeto físico imposible o absurdo puede ser plenamente correspondida en el plano de la mente o alma, así también puede ser abundosa y fructífera en sus efectos sobre las alboreantes capacidades espirituales. Además, si la oración es de carácter intercesor, aunque las circunstancias pueden impedir directo acceso o asistencia de energía física o mental a otros, siempre resultará una acción directa sobre el plano espiritual en proporción al elemento espiritual contenido en la oración ; y esto es cierto sea la oración por muerto o por vivo. La transferencia directa de la energía física va acompañada del máximum de ineficacia y frotamiento ; la de la mental es más eficiente, y la de la espiritual se verifica inmediata y completamente sin desgaste alguno. Una pequeña energía espiritual va muy lejos ; el amor es de una eficacia absoluta. Este poder es independiente de todo error o conocimiento imperfecto. Se manifiesta como inspiración y capacita al receptor para ayudarse por su propia mente y cuerpo, y, por tanto, es la mejor de todas las formas de asistencia.

Si, pues, una oración guiada por ideas ilógicas o contradictorias, o dirigida a una concepción ridícula, grosera o falsa de Dios, va inspirada por verdadero amor y devoción. habrá, es cierto, despilfarros, aunque no pérdida, de energía mental, pero la conformidad con la ley espiritual de Amor pondrá al hombre en contacto con el ilimitado poder espiritual de Dios y producirá sus inevitables resultados. En realidad, importa menos a quien o a qué oramos que la rectitud de la dirección, porque no hay más Dios que Dios ; y toda oración va a El y es respondida por El.

La suprema eficacia de la oración verdaderamente espiritual en asuntos ordinarios de cuerpo y alma se ha observado muchas veces. El que ora puede ser débil de cuerpo, iliterato e ignorante, y, sin embargo, se producen a veces efectos maravillosos. ¿Por qué es que «la oración del justo vale mucho» ? La razón del triunfo de lo espiritual sobre las imperfecciones de la mente o alma es análoga a la comunmente observada superioridad de la destreza sobre el músculo. El poder espiritual es hábil en su actuación en sentido elevado. Una pequeña fuerza espiritual aplicada a la mente o cuerpo acrecienta enormemente la eficiencia de ambos aun cuando estos sean en sí extremadamente imperfectos; pero, mientras esta imperfección subsista, la inundación de los vehículos

por la fuerza espiritual no va exenta de peligro. La descarga de una corriente de alto potencial reduce muchas veces a pedazos un conductor eléctrico de escasa capacidad o gran resistencia interna. De modo semejante la prematura aplicación de la energía espiritual a través de un alma, mente o cuerpo imperfectos puede conducir a resultados desastrosos, a obras insensatas, locas, o aun viciosas; al fanatismo y a la decepción.

El verdadero triunfo del hombre sólo vendrá cuando el poder espiritual apunte a un cuerpo y alma conducidos ya a un alto grado de perfección; es decir, a la armonía con las realidades actuales de los mundos físico y mental y la Vida Divina que actúa en y por ellos. Si entonces se despierta la parte espiritual, no solamente podrá girar por estas facultades letras comparativamente ilimitadas contra la Vida Divina en su alto potencial, sino que, por la actual armonía y eficiencia de sus vehículos inferiores de mente y cuerpo, podrá atraer mayor carga de energía y poder sin daño ni rompimiento, y todo el ser se inundará de la Vida Divina y será iluminado por la Divina Luz.

En la etapa de que ahora estamos hablando, en que oraciones como las ya mencionadas están probablemente por realizarse, este triunfo se halla todavía muy distante. Mucho se tendrá que hacer con el vehículo mental y psíquico de conciencia para que pueda tolerar sin peligro de su equilibrio y riesgo de desorganización una tal corriente de poder. Deberá conducírsele, ya por la vida misma ya por el deliberado y racional uso de la oración, o, mejor aún, por ambos medios, a un grado: primero de estabilidad, fuerza y capacidad general, y después, de pureza y armonía y carácter superior en su propio plano, antes de que se halle pronto para su transfiguración. Para esto se requiere otro género de oración.

La creación del alma

Cuando el hombre ha llegado a la etapa en que sus intereses se hallan ya concentrados definitivamente en la vida interior o del alma, las limitaciones de ésta son naturalmente las que más agudamente siente, y la oración adquiere para él otro carácter. Lo primero que descubre es que estas limitaciones más bien están —principalmente—en él, que son impuestas desde fuera; y la respuesta al esfuerzo es por tanto más inmediata y segura. Lo que más le interesa al principio son los sentimientos, moralidad y ética, virtudes y vicios, y dicho se está que las alegrías y tristezas que estas cosas le acarrean. Le inanición o paralización de la inteligencia y sensibilidad es un dolor tan real para él como fué el hambre para el león o la pobreza para el materialista puro; y la tendencia a entregarse al vicio y descuidar la virtud constituye

después de algún tiempo lo principal de los males y limitaciones de que deseará librarse. El pecado llega a ser tan repugnante como la suciedad o una enfermedad corporal; y es realmente tan producto de la ignorancia y estupidez como las enfermedades corporales engendradas por la suciedad. Las cuestiones de conciencia causan ahora tantos sufrimientos como antes las ansias de los negocios; y tanto como un ciego la vista de los ojos se anhela ahora una visión interna clara.

Se entrega, pues, a la oración para librarse de estas limitaciones; y también aquí los medios son dos. Al principio lucha contra estas limitaciones en su propio plano; esto es, en el plano del alma y de la inteligencia—el plano de la moralidad—y para esto la oración eficaz, en cuyo sintético acto hace su escape, es la actividad mental y afectiva convenientemente dirigidas como antes lo fué la física o sea la *acción*. Por supuesto que se verifica la usual transición o transformación de motivo. Al principio se temen las *consecuencias*: primero físicas y después mentales del error y de la ignorancia; pero gradualmente se va transformando ello en amor al bien y odio al mal, porque todos los *buenos* pensamientos y emociones consisten de hecho en expansión de conciencia al experimentarlos, mientras que los *malos* se sienten como limitaciones. Porque el *bien* es vida, unión con Dios, el Omnisciente y el mal en su naturaleza es lo que en cualquiera etapa tiende hacia la limitación de la conciencia apropiada para ella. El hombre en esta etapa ora porque gusta de *sentirse bueno*, aunque, si es ignorante en la ciencia de orar, sus procedimientos son a veces inadecuados al objeto.

La clave del éxito está en saber que, en cuanto concierne al alma, el hombre *se convierte* en lo que *piensa*, y en cierto sentido, que por el momento lo es de hecho en cuanto concierne a la vida mental o del alma. Ahora bien; es de todo punto imposible orar por una virtud de que no se puede formar concepto alguno, y menos aún por una que realmente no se juzga deseable; y, si se yerra acerca de lo que en el momento es *bueno* para uno y es bastante incauto para orar por ello, está en el orden de las cosas el que la oración sea atendida, pero los resultados pueden ser en extremo contraproducentes. Hay, pues, tres elementos principales que atañen a esta oración: primero, discernimiento entre cosas que sólo tienen apariencia de buenas y las que realmente lo son, porque, *si se es capaz de orar por ellas de algún modo* traen consigo verdadera libertad y expansión de conciencia; segundo, el poder de formar un concepto claro y definido del objeto deseable, (en este caso un estado de la mente) y tercero, el poder de voluntad y concentración, que posibilita el mantenimiento firme y con-

tinuo del concepto una vez formado. Son tan esenciales como la agudeza de los sentidos, el desarrollo de los músculos y la vitalidad animal, para una acción eficaz (oración) en el plano físico. Existen ya sus rudimentos, que han brotado inadvertidos como resultado de las actividades físicas de etapas precedentes; pero el resultado y el propósito de la oración en esta etapa es su pleno desarrollo aunque, *al parecer*, sea la verdadera mira distinta de la que pensamos. «No aparece todavía lo que hemos de ser».

Podemos notar que tampoco aquí parece ser demasiado grande la incompatibilidad entre el acto específico de la oración y la actitud general ante la vida. Si abrigamos malos pensamientos habitualmente, el efecto de la oración por la virtud puede ser completamente anulado, y la oración que tiende a remontarse hacia la resplandeciente y sutil atmósfera del Espíritu languidecerá por falta de sustento y porque el mundo del Espíritu es todavía *irreal* y está divorciado de la vida. Otra consideración práctica que aparece ahora es que fijarse durante la oración en sus pecados e imperfecciones es sencillamente robustecerlos en lugar de libertarse de ellos. El *perdón* es innecesario, porque el volver la espalda al pecado y ponerse de cara a la bondad *es* perdón, aunque los resultados de pasados errores sólo pueden destruirse en tanto cuanto alcancen las opuestas fuerzas de bondad que pongamos en movimiento. Es verdad que podemos procurar discernir claramente entre lo que ha habido de justo y de injusto en nuestra conducta; pero, hecho lo que está en nuestra mano para remediarlo, nuestros pensamientos pueden dirigirse resueltamente hacia todo lo que sea verdadero, puro y bello. Nada hay más a propósito para hacer de un hombre un miserable pecador que el estar él siempre pensando en que lo es. Por si acaso se cree que esto es combatir la humildad, debe indicarse que *en esta etapa* no es la humildad lo a que se debe aspirar, sino más bien la formación de un vigoroso centro de conciencia individual. El propio respeto es aquí la tónica; la humildad viene después y es absolutamente esencial para el crecimiento de las facultades espirituales; pero, si se la persigue demasiado pronto, el resultado es flojedad y debilidad, que imposibilitan todo progreso hacia la espiritualidad aun cuando no termine en hipocresía.

Para el que se halla en esta etapa, la oración pública y litúrgica tiene generalmente menor importancia que la privada, porque se le puede suponer ya capaz de formular sus necesidades con mayor o menor claridad y, hasta cierto punto, de concentrar su atención. Pero sus oraciones privadas pueden ser mucho más eficaces si conoce algo de la psicología práctica y comprende cómo obran sus facultades.

Cuando uno ora a Dios pidiéndole fuerza o alguna virtud, guía o iluminación ¿qué hace y cuál es la respuesta? Lo que en realidad hace es imaginarse con la mayor viveza posible la virtud o la fuerza que desea. Se imagina esta virtud como una cualidad abstracta que posee Dios en su grado supremo de perfección o, más probablemente, como manifestación concreta de ella en la persona de su Salvador y Maestro. El se cree en contacto con la Omnipotencia y capaz de atraer sobre sí un depósito inagotable. Pero, al imaginarse *a* sí mismo, todo esto, en realidad se lo está imaginando literalmente *en* sí mismo, porque, como decimos, se lo imagina en su mente y su mente en esta etapa prácticamente es *él mismo*. Ahora bien, en el mundo mental o del alma la formación de esta imágen o concepto es lo mismo que proveer de un canal para la manifestación de la energía espiritual universal, una maquinaria para la transformación de la energía espiritual en energía del alma. El esfuerzo del hombre para amoldarse a determinada forma atrae en el mismo acto una corriente *externa* de poder, que refuerza el *interno* del alma en proporción exacta a la armonía en que se encuentran el esfuerzo y la imágen mental creada con las realidades del mundo del alma. Así, aunque uno, guiado y orando por ideales falsos, puede con gran trabajo y esfuerzo amoldarse a ellos, el resultado sería en todo caso temporal, mientras que un esfuerzo para ponerse en armonía con la realidad como existe en el mundo del alma es infinitamente más fructífero y efectivo, y también más permanente. El proceso constantemente repetido se hace habitual en la actuación de la mente; y así, en último resultado, se adquiere la virtud o la fuerza, y la expansión de la conciencia se hace permanente. La oración trae su propia respuesta—es ciertamente su propia respuesta—directamente de Dios; no *de modo sobrenatural* sino de conformidad con las expresiones de la Voluntad de Dios a que llamamos leyes de psicología. Es verdad que «Antes de que ellos llamen, Yo responderé, y cuando aún están hablando Yo oiré».

Se verá que en esta etapa la oración apenas se distingue de la meditación, porque meditar sobre una virtud es orar por ella, con la ventaja de que, siendo una forma de actividad menos personal y exclusiva, tiene menos tendencia a convertir a un hombre en afectado y mojigato. Muchos libros de instrucciones prácticas para meditación se han escrito, y diferentes temperamentos requieren diferentes métodos; pero todos los realmente útiles y prácticos están basados en el conocimiento—empírico o no—de las leyes psicológicas, y tienen por finalidad no sólo encauzar el objeto inmediato en cuestión, que, en este caso, es la expansión de conciencia en los niveles mental y moral, sino también prepa-

rar el camino, quizá inconscientemente, para un avance ulterior en las regiones espirituales, donde las limitaciones del alma se sobrepujan más que se remueven. Estos procedimientos, además, incorporan en sí una recapitulación de las etapas más primitivas, siguiendo así el curso de la naturaleza y guiando a la conciencia por pasos fáciles y naturales adelante, hacia una expansión superior a la normal, porque la mente no puede súbitamente, sin mucha práctica, retirarse de las cosas externas, a las cuales ha estado su atención dirigida durante muchas edades, y volverse hacia el mundo interno y esta incapacidad es una de las limitaciones que hay que conquistar.

Todos los procedimientos de meditación envuelven en una forma o en otra las etapas siguientes: Primero se aquieta el cuerpo y se retira la atención del mundo exterior, y esto se hace algunas veces leyendo o fijando los ojos en un crucifijo o una imágen, o por la música u otros medios semejantes. Pero la mente no debe vaciarse porque no es auto-hipnotismo lo que se busca sino diligencia y vigorosa labor en el mundo invisible, y la meditación se diferencia profundamente del auto-hipnotismo. Por lo tanto, los medios que se usan para fijar la atención deben tener una relación familiar y habitual con el mundo interno del pensamiento. Así, por los ojos o por los oídos la mente se interna en sí y se fija en lo que desea, y los sentidos físicos, habiéndose primeramente concentrado, después han sido reducidos al silencio y sobrepujados. Entonces la mente habiendo encontrado un objeto *interno,* esto es, un pensamiento que le causa placer, procura detenerse en él ya imaginándolo incorporado en el Salvador ya atribuyéndole significado y aplicación a todas las circunstancias de la vida. Pensando en el Salvador el hombre se hace como El y meditando sobre la pureza u honradez o cualquiera otra virtud las teje en su carácter.

Este es al principio el objeto directo y deliberado de su oración: mejorar su carácter moral; y estos esfuerzos se dirigen a remover más bien que a sobrepujar las limitaciones del alma. Mientras el interés principal de la vida sea el del yo personal y sus relaciones, estos esfuerzos directos constituyen la forma justa y apropiada de la oración. Sin embargo, a medida que se obtiene parte del éxito y el hombre adquiere lo que los griegos llamaban virtudes *políticas*, es decir, se hace un buen hombre corriente, se presentan posibilidades superiores, y el valor de la obra pasada parece menos decisiva. Le importa cada vez menos la *salvación* de su miserable alma; el deseo de virtud o iluminación personal se absorbe en el amor a toda bondad y belleza y se deleita en las leyes de la naturaleza o de Dios sin más objeto que ellas mismas;

empieza a llegar a Dios por sí mismo, no pidiendo beneficios sino desbordándose en devoción y anhelo. El éxtasis es por la unión y universalidad y no por separatividad y personalidad; y los términos *dentro* y *fuera* toman un sentido menos rígido.

Aquí tratamos de la transición de la típica oración del Alma o Mente a la del Espíritu, etapa que a veces se llama *Contemplación* y a veces también, especialmente por Santa Teresa, *la Oración de la Paz*. Por razón de ser transitoria es imposible especificarla exactamenie. Empieza en la meditación y *recuerdo* y se perfecciona en un sentido de paz a medida que se va obteniendo la concentración y aquietando la errática mente. Pudiera parecer que, puesto que de ningún modo está vacía la conciencia, la mente se ha de emplear en alguna forma; pero no la parte concreta, la factora de las imágenes: es a lo que Santa Teresa llama *la parte superior del alma*—no aún del *Espíritu*—lo de que se trata, y su actividad depende en gran parte del progreso alcanzado en el gobierno de las facultades mentales inferiores. Deben evitarse todos los pensamientos perturbadores como los del pecado y la imperfección, y, de hecho, no debe haber pensamiento alguno de sí mismo. Esto implica que, como resultado de una larga práctica, no debe haber ahora ningún esfuerzo mental consciente, porque hay certeza práctica de que en realidad sería egoista por sutil que fuese. Un esfuerzo de no pensar en nada embrutece el alma y hace la imaginación más inquieta. De aquí que sea cierto que no se puede forzar esta oración contemplativa, que vendrá a su tiempo, naturalmente, si la meditación y la concentración se practican asíduamente. Una vez más hay que repetir que esta práctica es inútil sin la correspondiente actitud en los asuntos ordinarios de la vida. El pensar profundo y la concentración en estas cosas debieran ir de mano con la práctica de la meditación.

Hay también una etapa que corresponde—y es esencial—a la de la *contemplación* porque escasamente podrá adquirir ésta quien no haya desarrollado en alguna extensión el poder de la intuición (no debe confundirse con la *fantasía*) por cuyo medio puede mantener sus actividades sin completa dependencia de las facultades lógicas de la inteligencia discursiva. La *Contemplación* es a la oración ordinaria y meditación como la *intuición* a la inteligencia, porque es la facultad para ir derecho al corazón de las cosas. Así como esta oración requiere el descarte de las actividades mentales ordinarias, así también, en esfera más amplia de la vida, la correspondiente etapa implica un poder de separación, *de mantenerse desligado* de los intereses del yo personal, de actuación sobre el principio y no sobre la inclinación (que corresponde a una etapa muy inferior), ni tampoco sobre la astucia (que co-

rresponde a la etapa mental de meditación y concentración).

El efecto inmediato de esta oración es una sensación extraordinaria de ligereza y libertad. El miedo y la escrupulosidad desaparecen, y hay un sentimiento de expansión, serenidad y sanidad. Estos son precisamente los efectos que produce en la vida diaria el uso habitual de la intuición: el actuar siempre sobre el principio sin cuidarse de las consecuencias, y el desprendimiento.

(Acabará)

(Traducido de «The Theosophist» por Juan Zavala.)



LA ESTRELLA DE SEIS PUNTAS

APUNTES TEOSÓFICOS

La estrella de seis puntas, símbolo del hombre evolucionante hacia la Divinidad, se compone de dos triángulos que indican la indisoluble fusión del Espíritu con la Materia (Purusha y Mulaprakriti) en el mundo manifestado.



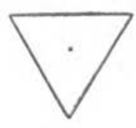
Es la manifestación, la encarnación del Logos en la relatividad o sea en el tiempo y el espacio, que son producto de Maya. Nos presenta ésta como reales las ilusiones que en efecto no existen y que sirven de escuela para que los hombres aprendan a discernir entre los objetos mayávicos la única Realidad o sea el Dios inmanente y trascendente. (Et Verbum caro factum est et habitabit in nobis).

Este Dios inmanente y trascendente al mismo tiempo, que de un fragmento de Sí mismo emanó un universo sin perder nada de su trascendente Divinidad, está indicado por el punto que existe en el centro de la estrella de seis puntas, como eje sobre el cual se apoyan los dos triángulos, siendo en realidad esa estrella la manifestación del septenario (las seis puntas y el centro).

El triángulo cuyo vértice se dirige hacia arriba



representa el Espíritu y el que tiene a su vez el vértice dirigido hacia abajo



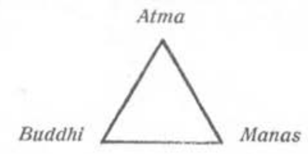
es la representación de la Materia.

Sabemos que Espíritu y Materia son trinos, el primero en sus aspectos: Atma, Buddhi, Manas y la segunda con sus cualidades (gunas) que le corresponden o sea : Tamas, Rajas, Sattwa.

Esos aspectos (entre sí indisolubles, como el Espíritu y la Materia) se manifiestan sucesivamente como las oleadas del Logos. Así como el tercer Logos es el primer fecundador de la Materia del Universo en formación, siguiéndole el segundo, que le infunde el soplo dando origen a formas palpitantes de vida y finalmente el primero, que le da la potencialidad para llegar a la altura del Padre, en la Materia pasa al revés. De Tamas, o sea del primer aspecto (de la inercia) se pasa a Rajas (el del movimiento) y finalmente a Sattwa (aspecto de la armonía) o sea: del primero, al segundo y al tercero.

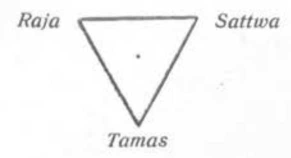
Hay que observar que los dos triángulos invertidos nos dan la clave de este misterioso hecho. La Materia viene a ser como el reflejo invertido del Espíritu y voy a esclarecer un poco esta aseveración.

Consideremos el triángulo que, conocido en todas las religiones como manifestación de la Divinidad, nos indica el reflejo de sus tres aspectos: Atma, Buddhi, Manas en la siguiente forma :



Atma, el más elevado aspecto del Espíritu corresponde al primer Logos, Buddhi al segundo y Manas al tercero. Sabemos que el primero es la Voluntad sublimada, el Poder; el segundo la Sabiduría verdadera o sea el Amor, que la intuición despierta ensanchando hasta el Todo el campo individual; y el tercero la Actividad, que aviva la inteligencia en su aspecto manásico y fohático.

El reflejo de la Materia es de orden invertido :



Así como se invierten las imágenes en la superficie de un lago, lo que es Atma, en la materia, corresponde a Tamas; Buddhi a Rajas y Manas a Sattwa.

La cualidad tamásica que representa la inercia, la inmobilidad, es el reflejo invertido del Poder, de la Voluntad, que en la materia representa la firme estabilidad. Rajásica es la Intuición invertida, porque las pasiones turbulentas son las que, por su transmutación, nos elevarán paulatinamente a la Sabiduría, y sáttwica será la Actividad en la materia, que armónicamente podrá convertir los vehículos inferiores en perfectos instrumentos que, debidamente pulsados, podrán responder, en más bajas octavas, a las altas vibraciones de la música divina.

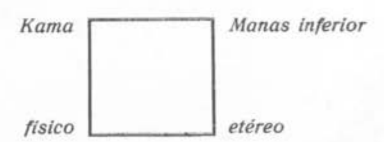
El punto central es el eje (que dije representaba la inmanencia divina) sobre el cual, apoyándose el triángulo inferior, puede dar una vuelta completa para sobreponerse exactamente al superior, haciendo que se fundan en uno solo, ajustándose Tamas a Atma, Rajas a Buddhi, Sattwa a Manas.

Atma Tamas

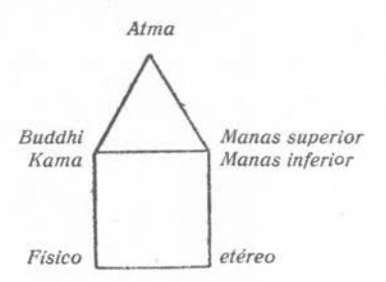
Buddhi Rajas *Manas Tattwa*

El hombre entonces, llegado al estado de perfección, ya no pertenece a este universo, es un dios cuya potencialidad había estado siempre latente desde que pasó del reino mineral al humano.

Si consideramos ahora el triángulo Atma-Buddhi-Manas en relación con el cuadrado o cuaternario inferior, formando el primero el Ego superior y el segundo el inferior



Tendremos también el símbolo del hombre en sus dos distintos (y sin embargo indisolubles) aspectos:

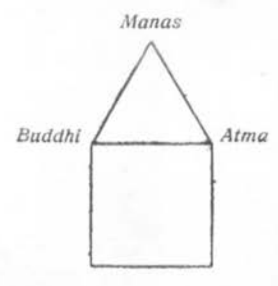


y veremos fácilmente que el vehículo inferior en el hombre o sea Tamas se ha duplicado volatilizándose (por así decir) en parte y formando dos vehículos, el físico y el etéreo, que lo habilitan a la evolución superior.

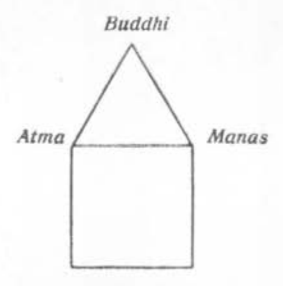
La figura geométrica más sencilla, como sabemos, es el triángulo. Vienen después el cuadrado, el pentágono, el exágono, etc.

Del triángulo puede nacer una estrella de tres puntas, del cuadrado de cuatro, del pentágono de cinco (la famosísima estrella de Oriente) y del exágono la estrella de seis puntas objeto de este somero estudio que, como hemos dicho antes, es símbolo del septenario humano, por llevar el punto central o sea la Divinidad latente.

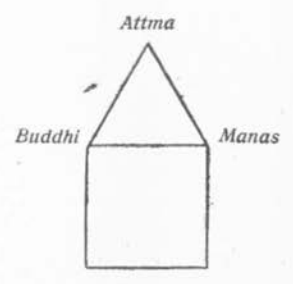
Se me ocurre la idea de que en las tres últimas razas-raíces en las cuales deben desarrollarse sucesivamente: en la presente, Manas o sea la inteligencia; en la sexta Buddhi, o sea la intuición y en la séptima Atma o sea la voluntad, haya una especie de rotación del triángulo en relación con el cuaternario, siendo en la presente raza



en la próxima



y en la séptima



desarrollándose así sucesivamente los tres aspectos del Espíritu en la Manifestación.

Volviendo a la estrella de seis puntas y considerándola como el sello de Salomón encerrado en el círculo (la Divinidad).





veremos que puede tomar origen también de un triángulo inscrito en un círculo, sobre cuyos lados equiláteros se hayan construído otros tres triángulos, que pueden llegar a ser los seis vértices de la estrella.

Si sobre los lados de este exágono formamos otros triángulos, tendríamos un dodecágono, cuyos ángulos podrían indicar los puntos de los vértices de una estrella de doce puntas y si continuáramos así hasta el infinito, tendríamos estrellas de 24, 48, 96, ecétera puntas, acercándose siempre más a la periferia del círculo (la Divinidad).

Cuando el hombre haya llegado a resolver la cuadratura del círculo, que considera la ciencia un imposible (como en efecto lo es material pero no espiritualmente) el hombre cesará de ser hombre para convertirse en dios.

ATTILIO BRUSCHETTI.

No le es posible al hombre conocer con verdad cosa alguna a menos de conocer y rendir culto a lo que está muy por encima de todas las demás cosas; de otra manera su ciencia vendrá a ser pura pedantería, pura hojarasca, un cardo muerto.

El alma de todo heroismo es penetrar a través de las cosas buscando su esencia.

CARLYLE.

A LA GENTE JOVEN

Estudiar es el placer propio de la juventud; pero es raro encontrar que este estudio y conocimiento se traduzcan en acción. Recuerdo que, cuando estaba en Londres con un colega amigo mío, un tanto filósofo, observé que tenía en su librería todos los libros de filosofía que uno pudiera imaginar. Pero, una vez, después de una discusión, llegué a inferir que el mero estudio en su aspecto intrínseco era de poco valor, a menos de que produjese resultados definidos en la vida. Además, como tantos indos, hay gentes en el mundo para quienes el estudio en sí mismo es una gran cosa. Yo me inclino a esto, a retirarme con un libro, a solas conmigo mismo, sin preocuparme por el mundo en general. Pero me parece que la juventud del mundo tiene una oportunidad peculiar, que está hoy en una situación peculiar; porque la juventud tiene al alcance de su mano, extendido, abierto ante ella, todo el conocimiento imaginable, para la dirección de los asuntos humanos y para la dirección de sí misma. Por esto, si alguna comprensión o conocimiento se puede obtener de alguno o de todos, en el sentido literal de la palabra, es el deber de los más jóvenes, tanto como el de los más viejos, llevar definidamente a la práctica este conocimiento que podemos adquirir del exterior y de los libros. Para mí, personalmente, no hay más que una cosa por realizar, esto es, convertir en acción, en acción definida, lo que hayamos conquistado por nuestros procesos mentales. Las gentes, en todas las edades y países del mundo, han ajustado sus acciones, no a su conocimiento, sino a sus placeres, a sus gustos y disgustos.

La juventud dirigirá al mundo; porque la generación vieja muere y la juventud, entonces, tiene o debiera tener la tarea de guiar al mundo. De ahí mi creencia en que es el deber de los verdaderamente iluminados, de los verdaderos grandes pensadores, encontrar los medios por los que nosotros, como individuos, podamos hacernos instrumentos o canales (o como quiera que gustéis llamarlo), para que nuestras acciones y pensamientos sean puros. Hablo con insistencia sobre este asunto.

Ahora bien, Dios o como queráis llamarlo, ha dotado al hombre de cerebro. A veces limitado, estrecho, fanatizado; pero, en general, el hombre tiene una suma de capacidad para pensar. Pensará equivocada o rectamente, esto depende de su educación o evolución. Luego, cuando el hombre es capaz de pensar, por grande o pequeña que esa capacidad fuere, no tiene más que tomar cierta actitud, si desea ser el director de su comu-

nidad, tribu, raza, nación o mundo internacional: usar la capacidad que Dios, o como quiera que deseéis llamarlo, le ha dado. Después ha de utilizar lo que ha conseguido por los libros; porque los libros no se escribieron por placer solamente, sino para reconfortamiento de uno mismo y para derivar un fondo de energía que la lectura de ciertos libros evoca. Veréis que las gentes se inclinan a leer libros, cuando se pueden asimilar, hasta cierto punto, el conocimiento que les ofrece; pero cuando el contenido del libro ha sido asimilado, dos cosas pueden suceder en mi opinión: o el lector ha de dejar dormitando el conocimiento adquirido, o este conocimiento se ha de convertir en energía vital, fuerza o acción. Si como a muchos de nosotros nos sucede, estamos dotados de cierta inteligencia, entonces esta inteligencia se limita más bien, cuando no llevamos a la acción apropiada este conocimiento.

Pongamos un ejemplo sencillo. Todos sabemos, como asunto de conocimiento corriente, que es malo matar. Esta verdad ha sido predicada por todos los maestros, por todos los sabios, por todos los pensadores que han aparecido en el mundo. Ellos han dicho que la acción de matar implica arrebatar una vida y atraer un gran karma sobre vosotros, como se expresaría un teósofo. Hasta cierto punto, la gente sabe que esto está mal hecho. En principio reconoce que es contrario a la ley, no la ley de los hombres, sino la ley de la evolución. Todo el que piense lo reconocerá como un hecho, aun cuando este hecho no haya evocado la acción en él. ¿Cuán a menudo encontráis gentes capaces de transformar en acción ese conocimiento adquirido? Doquiera veréis que las gentes matan. Saben que no es recto y, sin embargo, sus mentes se han llegado a dormir; sus mentes no funcionan cuando llega el momento vital. La gente duerme cuando debiera pensar y obrar; no funciona por los rectos canales. Así es que nosotros, a lo menos, que tratamos de estudiar las variadas leyes de evolución y las leyes que particularmente dirigen nuestra vida diaria, lo más esencial que debemos hacer como primera grada de la escalera, es depurar nuestras mentes, resolviendo, hasta donde podamos, llevar estas enseñanzas a la práctica en nuestra vida diaria.

Hallaréis filósofos y grandes pensadores que establecen ciertas reglas para la conducta del hombre; pero todos los grandes maestros han visto que el hombre avanza hasta cierto límite y que después se detiene; porque ya no es capaz de percibir el segundo escalón que ha de subir en aquel momento. Pues si vais a subir ese segundo escalón, la primera cosa que se ha de hacer, es llegar a ser impersonal, tan impersonal, que podáis examinar las cualidades de vuestra madre con el ojo de un extraño. Recuer-

do que el otro día estábamos discutiendo con un amigo mío el asunto de la impersonalidad, y él era impersonal con respecto a todos los demás, según decía; porque podía ver sus buenas y malas cualidades y cuándo eran rectas y cuándo erróneas. Pero cuando llegaba a la cuestión de su esposa, decía que prefería más bien no examinarla impersonalmente. Aquí es donde los más de nosotros,—todos creo yo—caemos faltos de grandeza. No somos capaces de disecarnos como disecamos a los demás. Esto es esencial, si queremos llegar a ser grandes, como hemos de serlo aun a pesar de nosotros mismos; porque no podemos impedirlo. Está en la naturaleza del hombre el engrandecerse; pero si queremos tomar la rienda propia más firme y efectivamente, lo primero que hemos de hacer es ser impersonales con respecto a nosotros y a toda cuestión, sea de nacionalidad, de amor o de cualquiera otra que suceda en la vida humana; examinarla tan impersonalmente que, al momento de exteriorizar el asunto y de observarlo, conozcáis exactamente qué sendero debéis o no debéis seguir. Esto acaba por ser muy sencillo. Es lo que tantos maestros han hecho resaltar: «Examina todos los problemas en su justo valor, no el valor que pongas en ellos; porque tu valor y el mío son limitados como limitadas son nuestras mentes. Examina, hasta donde te sea posible, el valor del problema intrínsecamente, no el valor que tu le atribuyas.»

Lo mismo sucede en nuestra vida diaria. Sabemos que tales y cuales cosas debemos y no debemos hacer; y en el momento en que se nos presenta una cosa que debemos hacer, nuestra mente no es bastante poderosa o bastante lógica para comprenderla. Nos presenta la faceta personal y nosotros seguimos la vía fácil y cómoda. Igualmente sucede en la evolución. El hombre debe distinguir el aspecto de su ser externo y el de su ser interno. Ambos viven en desacuerdo y siempre hay lucha entre ellos. Si os sentáis serenamente y os examináis como la mayor parte de nosotros lo hemos hecho, veréis que es un hecho natural la dualidad del hombre. Lo mismo sucede con toda criatura; siempre hay lo interno y lo externo. Cuando lo interno desea actuar y quiere ejercer su influencia plena en la vida, la mente exterior lo impide con sus placeres y deseos, limitando los deseos internos. Y veréis perenne esta lucha constante, hasta que el hombre alcanza una etapa en que consigue que lo interior predomine y en que lo exterior automáticamente asume el segundo lugar en la vida.

Así veréis que, según el hombre evoluciona, va siendo capaz de examinarse lógicamente, casi *cruelmente*. Hasta entonces, nosotros, como seres humanos, no estamos civilizados, a mi juicio; porque la civilización es una cosa que se aplica, en el más justo

sentido de la palabra, no a ningún pueblo determinado, sino al mundo en general.

Así es que, cuando se avanza por el sendero, que ha sido hollado por tantos maestros y que deberá serlo también por nosotros algun día, al presente lejano, es esencial pensar en que debemos acostumbrar a nuestras mentes (en esta primera etapa en que el conocimiento nos es fácil de obtener) a pensar qué sendero hemos de seguir y cómo debiéramos seguirlo. Se puede seguir el curso de un río a lo largo de la corriente, y sin conocerlo desviarse por las derivaciones del rio. Así ha sucedido con todo movimiento religioso en el mundo. Principia con una afluencia de la oleada, con grandes entusiasmos, y después viene el descenso de las aguas, en el reflujo de la vida. Por eso nosotros, teósofos, o lo que quiera que os guste pensar que somos, puesto que podemos dirigir el pensamiento y la pureza, puesto que somos capaces de dirigir la acción, debemos precavernos de ese retroceso en el reflujo de la vida. Es un gran peligro. Todos en el mundo debieran fijar uno de sus ojos en este ser externo, o de lo contrario, desaparecerán, por decirlo así; se empequeñecerán, se reducirán, se limitarán. El ojo constantemente fijo en nosotros, es el que nos ha de ayudar. El pensamiento directo que debemos aplicarnos como lo aplicamos a los demás, es el que nos energiza y nos da entusiasmos e ideas y todo cuanto vale la pena tener. En otro caso, llegaremos a estancarnos, como tantos seres que han llegado a la satisfacción; porque han comprendido un ideal satisfactorio y no lo han puesto en práctica.

Veréis que todos los sabios e instructores han insistido una y otra vez: «Haced las cosas que lógica y casi dogmáticamente estéis ciertos en absoluto que debéis hacer. Nunca cedáis a lo fácil: mas bien, luchad siempre por conseguir lo difícil.»

También veréis que, cuando el hombre avanza en el sendero, se actualiza en él la fuerza emocional. La emoción no está conquistada, cuando aparece vencida. En un momento en que penséis tenerla bajo absoluto dominio, al momento siguiente os sentís invadidos, ahogados en ella. Así es que el hombre, si ha de llegar a ser grande y divino, como en realidad lo es, tiene que guardar fijo en sí un ojo, desde la mañana hasta la noche, sin detenerse un instante, para dejar que lo inferior renueve todo su predominio; se ha de mirar a sí mismo como un instrumento siempre necesitado de reparaciones. Debe arrancarse de sí mismo y mirar en este yo inferior un magnífico dinamo que ha de conservarse limpio so pena de que funcione mal, cuando debiera funcionar bien.

De la misma manera, nosotros, como teósofos o cristianos

o lo que sea—esto al fin y al cabo nada importa—tenemos esta lucha constante en el placer de lo interno y de lo externo. Es una esperanza el que llegue el momento de esta lucha; porque muestra signos del despertar. Pero tan sólo el medio-despierto sostiene esta lucha constante. Sin ella, aun con nuestro conocimiento y magníficas oportunidades, llegaríamos a ser inútiles, vagos y fútiles en el mundo. El mundo necesita protectores; no tanto gentes idealistas, soñadoras, como gentes de acción directa, capaces de mostrar al mundo que pueden llevar a la práctica sus ideales. A los jóvenes toca mostrar al mundo que podemos hacer esto siempre que sea posible, mostrar que vamos de veras.

J. KRISHNAMURTI.

Traducido de *The Herald of the Star* por F. V.

EL RENACIMIENTO DEL TEATRO

«Enseñar deleitando.»
HORACIO.

TODO efecto que veamos brillar tras la insondable noche de la historia humana tiene, como las estrellas, un origen supremo, divino, superhumano.

Nadie sabe exactamente de que manera nació el teatro, este importatísimo elemento que tanto ha contribuído al desarrollo de las humanas características al través de las razas. Lo que sí se induce es que como todo hecho importante y trascendente deriva de los hieráticos misterios de la antigüedad.

La Grecia, regazo tibio de todas las bellezas, engendró la primitiva idea y le dió un cuerpo puro, lleno de la gracia de su herencia divina.

La cuna del teatro primitivo, pues, yace envuelta en las blondas misteriosas de los secretos litúrgicos. Allí duerme su sueño original y allí velaremos sus primeros vagidos.

No ha logrado trascender la historia oficial en las cámaras ocultas de las antiguas iniciaciones. Si eso lograra, vería originarse allí las primeras representaciones de las pruebas del discipulado por medio de ficciones simbólicas que la blanca magia de los iniciadores velaba a los profanos.

Al hacer viviente el símbolo se originó la representación. Pero este teatro oculto no trascendió jamás a las masas.

En Olimpia, en Delfos, en Dodona y sobre todo en Eleusis, bajo el esplendente ocaso de la Grecia de Platón, las representaciones simbólicas de los misterios del Kosmos y del alma elevaban a las esferas de la creación y de los grandes destinos, los anhelos de los aspirantes en las criptas de los templos.

Pero no es nuestro objeto de hoy exprimir los rancios racimos de las vedadas vides, sino sanear de tizones los profanados pámpanos que envenenan a la humanidad y señalar las praderas luminosas donde nace ufano el tierno mosto.

Dejemos, pues, la raiz oculta que dió la savia, y remontémonos al nacer del tallo en la superficie.

El teatro, según la profana historia, deriva de los fastos religiosos a últimos del período homérico y a principios del ático en los siglos VI y V cuando en la celebración de las ceremonias en honor de Dyonisos, (leneanas y dyonisíacas), consagrábanse los públicos sacrificios. El coro de religiosos recitaba los ritos paganos, y algún solista entre ellos respondía o iniciaba con sus cantos, las voces unifónicas de los corifeos, en los principios.

Después, el solista, acompañado de una mímica austera, separábase del coro y al pie de la estatua de Dyonisos (otros historiadores creen que junto a la res sacrificada y de ahí proviene la palabra tragedia de *tragos*, macho cabrío y *ode*, canto) celebraba el papel de las divinas epopeyas cantando en símbolos esotéricos la rica mitología helena y las historias de sus legendarios héroes.

Más adelante aumentó paulatinamente el número de autores mimos, se introdujeron los papeles de mujer, las vestiduras representativas, las caretas, el escenario, la orquesta, la distribución apropiada de las partes y del público hasta que por fin, bajo la autoridad de Licurgo, se construyó en la gloriosa Atenas el primer edificio en piedra en el siglo IV de la pasada era, cuyas ruínas cuentan todavía para ejemplo de los siglos, la grandeza incomparable de aquella edad dorada. En las más opulentas ciudades que fueron del Asia Menor, de las colonias fundadas por las vencedoras huestes alejandrinas, quedan también restos del arte teatral de los antiguos maestros griegos.

Desde aquellos primeros siglos en que alcanzó el teatro el álgido esplendor hasta la época actual, sólo remedos más o menos felices en los tiempos de mayor pujanza y tristes semejanzas en los de menos esplendor han plagado la historia del teatro al través de las épocas hasta nuestros días de transición.

Un irisar de lejana y alba espuma parece ahora prometer una ola de regeneración impulsada por un nuevo espíritu.

Tiemblan en su carcomido sitial de siglos, regímenes, sistemas, normas y principios. Caerán los ídolos, pero no fenecerán los dioses. Preciso es buscar su espíritu y crear con él nuevos moldes adaptados a las actuales necesidades.

Indaguemos las pautas de los verdaderos orígenes que dieron brillantez a las primitivas fuentes, y veremos que en ellas la representación pupular era una extensión del culto del ceremonial pagano. Una más deleitante consagración de las divinas verdades a la pueril concepción de las conciencias.

Homero y Hesiodo, los aedas inmortales, sembraron antes el suelo fértil del genio griego enamorado de lo heróico y de lo bello, descendiendo y adaptando las divinas epopeyas al alcance humano para elevar así a los hombres a la altura pletórica de aquellos vivientes ideales cuyos hechos sentían rebullir en sus mentes y latir en su sangre.

La inmortalidad de la gloria helena estriba en el fondo, en su potente nervio heróico, herencia de gloriosos ascendientes, y en su innata pasión por lo bello, que entrañan la virtud de la grandeza o el poder divino y la adaptación por medio del arte de la belleza vista en su cumbre.

Luego Esquilo dió movilidad y contraste con sus tragedias a la que podemos llamar grandeza extática de los ingenuos griegos primitivos. Estimuló sus pasiones para mover por la experiencia toda la compleja gama de las potencias humanas. Trazó en jugosas pinceladas vertientes de color, pasiones fuertes que tenían no obstante en su esencia al ser ofrendadas a un ideal, por el contraste, el oro liberador de la alquímica transmutación. Por ello admira todavía en medio de esta civilización trabajada, la íntegra nobleza de los primitivos héroes, la fresca espontaneidad de sus temperamentos llenos de divina infantilidad y la luz incomparable de las idílicas églogas a pleno sol en la desnudez de los cuerpos y de las almas bajo las fecundas frondas áticas.

Sófocles equilibró ya más la balanza de los dos pares de opuestos de la misma misteriosa esencia del ser. Llegadas las almas al empuje vigoroso, a veces brutal, de los impulsos máximos de los personajes de Esquilo, trató Sófocles de hacer emerger con los resortes de su lira mágica los delicados trémulos sentimentales como la pulpa sabrosa de un fruto conocido sólo por la áspera corteza.

Y así como sobre el bloque desbastado con las medidas por el artífice dadas, cincela éste luego blanduras y contornos, la escuela de Sófocles añadió nervios, sensibilidad y expresión al bloque gigante que constituía el alma primitiva de aquella noble raza.

Euripides marcó el primer tramo de la escala descendente en

la tragedia. Después, los preceptos de la verdad sencilla trocáronse en vagas filosofías trubunarias, y las pasiones heróicas fueron perdiendo paulatinamente lo que podemos llamar su austeridad invertidas en vicios y tolerantes complacencias.

Lo que infundiera antes en las masas la emoción poderosa de todos los anhelos de grandeza y de plenitud, devenía ya estímulo de personales intrigas en la sátira y de bajos alicientes en la escénica ostentación de la vida burguesa, acomodaticia y sin ideal en la comedia.

Al nacer el mal llamado realismo (el menguado *realismo* de esta vida tan *irreal*) feneció el prístino espíritu de las representaciones populares.

Debemos, pues, para nuestro estudio, volver la mirada a aquellas perdidas leyes principales.

La manifiesta decadencia del teatro popular estriba en su alejamiento de las verdades divinas. No digo ya religiosas porque los representantes de los dogmas actuales han perdido también la llave divina entre la arena de la materialidad. Todo cuanto se presente a los hombres como ejemplo de una vida que no pueda ofrendarse ante el plinto de un dios, que es la consagración de toda idea aplicada, debe caer bajo el divino anatema. Así, el cadáver galvanizado de la decadencia teatral, cubierto su fúnebre semblante con multitud de caretas, arrastra por los tablados donde busca el deleite el rebaño humano, su halo de muerte.

Ya no siente el hombre la sed del ideal verdadero. Perdida su primitiva dignidad, no reclama su herencia de grandes hechos, de magnas posibilidades. No quiere la ostentación de vidas ejemplares. Acoge sonriente, sin sonrojo, esos prototipos de su decadencia, esas efigies de sí mismo en el espejo del escenario donde se contempla. Y no vislumbrando en el recinto vicioso ninguna llamada de su verdadero Yo, no cree ya ni en la virtud de su resurrección. Y vierte luego en la vida la hiel centuplicada, amoldando sus hechos sin conciencia de su responsabilidad a aquella pobre imágen de sí mismo que la sociedad celebra.

Y los modernos autores, bajo la capa roída de su instinto psicológico y de lo que ellos llaman conocimiento de la vida, que no es más que el conocimiento del vicio que los envuelve, ofrecen el parto de sus mentes enfermas y de sus sentimientos pervertidos, vistiendo con artísticas galas los hijos espúrios de su fantasía, raquíticos y asquerosos. Esta es la verdadera escena del triste sainete que a todas horas vivimos.

No basta diagnosticar la verdad de nuestra debilidad ante la vida. Es preciso dar a la par el remedio para sanearla. Cada autor debería ser un médico de almas. Cuando uno se remonta al

mundo ensoñado de una sociedad felíz y sana, tan fácil de vivir, tan sencilla de abrazar, se siente el asco del momento, la impotencia de la pobre humanidad sumida en el dolor de sus rastreros destinos.

Y por el ejemplo constante de nuestra vida en el teatro y del teatro en nuestra vida, no somos ahora capaces por nuestro propio poder de regenerar el uno para elevar la otra.

Y es que la masa numerosa va perdiendo ya toda fe en el ideal de la vida nueva por falta de estímulos. Necesitamos ejemplos concretos que nos hagan sentir íntegramente la posibilidad de nuevos estados, deletrearlos en los diarios hechos, infundir el código de la nueva ley en nuestras almas.

¿Donde iremos a buscar la palabra de gracia? ¿Qué huerto santo guarda el cáliz de la flor de vida?

La brisa suave de la aurora nos trae el aroma de un espíritu apoteósico: la Teosofía.

La nueva nos llega de lejos, pero contiene el mensaje eterno de todo esplendente día para la humanidad. Es como un faro milagroso elevado en la obscuridad para dorar el polvo de la tierra.

Los que en su luz nos bañamos y sentimos por su gracia la necesidad de su irradiación para hacer clara la vida, débemos tomar en nuestras manos el barro terrenal y elevarlo a su lumbre pára trocarlo en partículas brilladoras.

Y nada tan a propósito para infundir en la humanidad el baño saneador de la lumbre teosófica como el teatro.

El ropaje envolvente lo debe prestar el arte, cuna de la belleza, don divino, y único lenguaje indiscutible, universal y eterno.

Y el teatro es síntesis de todas las artes. Todas pueden hallar en él su más alta expresión, puestas al servicio de una magna idea: despertar el entusiasmo en el hombre por medio de la belleza y conducirle a las arrobadoras regiones del ideal encarnado en la ficción de grandes vidas que pueden prestar alas a la suya y lanzarle a la conquista de su propio cielo.

La pintura, la escultura, la arquitectura, la poesia, la elocuencia, la música, la danza, todas las manifestaciones de la belleza tienen en el teatro sus representantes inmortales. Allí tienen vida, florecimiento y actividad porque allí pueden velar más que en ningún otro sitio el ritmo supremo aplicado a la movible escena que debe ser la antesala de toda vida noble consagrada heróicamente a la humanidad y a los dioses.

Las verdades de la Teosofía, su amplia moral, su filosofía, podrían devolver al teatro decadente las normas perdidas de las primitivas representaciones que llevaban el alma pura de los paganos Misterios.

Y la palabra perdida cobraría otra vez alma en boca de los actores que como sacerdotes oficiantes de divina ceremonia, lanzarían desde el estrado, elevado a la categoría de verdadero púlpito, la verdad reveladora de nuestra íntima divinidad, que es ley de lèyes y miraje eterno de todas las edades.

Y los espectadores, llenos de la sed bendita, beberían en la fuente de perpetua limpidez y frescura y saldrían del espectáculo iluminado el rostro, soñadora la mirada, repleta el alma de ansias inagotables que transformarían el mundo en un espectáculo real donde todas aquellas verdades, todas aquellas bellezas y todos aquellos bienes vislumbrados, tendrían la dignificación de su correspondiente lugar.

Para gozar un día de esta visión bendita, precisa que nosotros, los adalides de la primera hora, nos esforcemos en realizarla, sintiendo primero la fuerza de su absoluta necesidad.

Ayudemos a los artistas, magos de la forma, a dar al espíritu un cuerpo bello despertándoles a la esplendidez de su misión altísima. Elevemos nuestra voz solicitando de los autores obras grandes, llenas de la grande revelación. Ayudémoslos en pensamiento y en obra. El artista debe ser el misionero de la nueva religión. Pero sus predicaciones no englobarán la virtud en severas máximas escuetas y sentenciosas de una moral absurda y limitada, sino que serán proclamas llenas de alegría y de belleza donde toda elevada idea puede ser su dogma y toda grande obra su ritual.

La frase alada de timbre ardiente, suave o fogosa, entusiasta como un himno y tenue como una plegaria, llena siempre del espíritu del nuevo mensaje, debería ser en todo momento en los tablados, como paloma consagratoria descendida de lo alto.

Y los espectadores se elevarían entonces ante el altar de su alma como copas de ofrenda con la brillantez de los cálices.

El teatro debiera ser templo, universidad y museo. El lugar del más puro reconocimiento de Dios y de sus magnas leyes ; el aula donde se aprendiera a discernir y a pensar ; la ostentación de toda armonía plástica y alada.

Y lo que es ahora harto amenudo antro de embrutecimiento y de obscuración, fuera para humana gloria morada de paz.

Ya empieza el horizonte a arrebolar la claridad de esta fulgente aurora. En casi todas las naciones, el númen de unos pocos autores selectos guiadores de almas, promete el predominio de las ideas teosóficas en la representación selecta.

Sobre todos, brilla la tierna figura venerada de Rabindranath Tagore, alma mística de la India. Lenormand y sobre todo Schuré, gloria de la raza latina con su teatro del alma donde deve la

predominantemente el espíritu teosófico del bello paganismo, en la vecina Francia. Maéterlinck, en Bélgica. Y aquí, Benavente, orgullo de la tierra hispana, ha impreso en algunos de sus personajes de la actual sociedad los recónditos y vírgenes vislumbres de la escondida senda. Y últimamente tenemos noticia de que el Dr. Roso de Luna imprime directamente el sello teosófico en la escena española.

Suena la hora la campana de oro de los grandes destinos. El teatro renacerá de sus cenizas e inmortalizará la olvidada supremacía de nuestra divina herencia siguiendo la norma del viejo Solón que hacía del teatro la principal escuela educadora y reformadora de la conducta del pueblo griego. Allí encontraba la plebe antaño su pan de vida. Mañana, aprenderá también la humanidad en la escena dignificada la elevación de las costumbres que hacen la existencia digna de ser con amor vivida. Allí aprenderá el hombre a hablar, accionar, andar y vestir con elegancia, a pensar, a amar, a sentir, a aspirar y a ser el verdadero árbitro de su vida, consciente de su dharma. Allí aprenderá la experiencia anticipada de muchas vidas ennoblecedoras, y en los momentos de prueba antepondrá la antorcha del conocimiento a los embates del karma.

Mejorar las cosas y el alma de las cosas ; la palabra, y el pensamiento que anima la palabra, el gesto y su ritmo mágico, y sobre todo, la emoción, el impulso, trocándolos en expansión amorosa, en esclate fulgente del íntimo sol desecho en rayos alumbradores.

En los primeros difíciles pasos, nosotros, los idealistas, velaremos, sembrando de rosas el sendero de todos estos nobles autores a los que el público viciado negará tal vez los merecidos lauros. Pero es preciso que sacrifiquen su gloria inmediata para gozar su conciencia de la gloria indiscutida. Que den al mundo los temblores supremos de su alma, sus éxtasis de infinito, su visión maravillosa.

Que al través de todo grande sentimiento y de toda grande idea, leerán las almas ansiosas, letra a letra, con la unción del rezo, la palabra de Dios. ¿ Qué otra mundana gloria podrá entonces eclipsar la suya silenciosa ?

Y en tiempos no lejanos, todos con él, con la aureola del único triunfo indiscutible, el de la grandeza aplicada a la vida regenerada, cantaremos las glorias de nuestro siglo con la llama inmortal de las viejas epopeyas, alta la frente, a las sociedades venideras.

Y en la historia de los hechos ejemplares, en el engranaje precioso de los siglos, lucirá el oriente de una perla que la concha

oculta de nuestro amor por las verdades reveladas podrá ofrendar.

Que Eros inmortal, apuntando su flecha de oro al corazón de Perséfona, el alma humana, cante el símbolo de nuestra divisa.

«Yo que transformo y uno todas las cosas, yo que hago de lo pequeño la imagen de lo grande, de la profundidad el espejo del cielo; yo que elaboro todas las formas en el profundo océano, he hecho renacer tu estrella del abismo bajo la forma de una flor, para que puedas tocarla, cogerla y respirarla».

PEPITA MAYNADÉ Y MATEOS.



MIRANDO AL CIELO

CUANDO un fondo obscuro nuble tu alma y lleguen las horas de encanecer, cuando el corazón chorree sangre, mira al cielo.

Cuando hecho el bien como supistes, dando tiempo, salud y dinero, en pago se te odie y aborrezca, y se te insulte, mira al cielo.

Cuando sombras de muerte se te lleven a los seres más queridos sintiendo el corazón esas angustias que dislaceran, cuando añores el bien perdido, mira al cielo.

Cuando quieras eternizar los amores y no sentir esas corrientes que les enfrían, cuando a pesar de la distancia y de los tiempos quieras que permanezcan, mira al cielo.

Cuando quieras que el corazón no perciba esos roces que no desangran, pero lastiman y que aprenda el arte de beneficiar a quien le odia y aborrece, mira al cielo.

Cuando quieras perdonar con prontitud, odiar nunca, amar siempre y salvar al enemigo que por fuerza e indefenso se te entrega, mira al cielo.

Cuando te cerque la duda bajo el golpe tremendo de la pena y del desengaño, mira al cielo.

Cuando entre sustos y congojas te veas obligado a avanzar a tientas y sin tino a través de las asperezas de la vida, mira al cielo.

Cuando el ramaje de la misma cepa te hiera con golpe rudo, de esos que arrancan ayes que el labio ahoga sin que el dolor se amengüe, antes crezca por la misma calidad de la madera que hiere, mira al cielo.

Cuando el terror te asaltare y tenaces angustias se enrosquen

a tu cuello y conturben tu juicio, cuando desesperado del auxilio humano fueres a caer ciego y desvanecido, mira al cielo.

Cuando avances por las cortaduras de la vida sin puerto ni refrigerio, y gimas, y casi desesperes y el quebranto te aniquile y parezca que las cosas sólo dan de sí dolor, cuando al peso de los recuerdos te inclines y llores las ilusiones que huyeron, mira al cielo.

En las dulzuras de la paz, en los ocios de la vida, en las luchas y descansos, mira al cielo. Que no sé que tiene ese azul inmenso y mudo mirando al cual alivia el alma sus dolores.

ARACNE.

EL CRISTO CÓSMICO Y EL CRISTO PLANETARIO

IV

«Hemos sido santificados por el ofrecimiento de Jesucristo, consumado una sola vez para siempre. Y tenemos libertad de entrar en el Santuario de Iniciación en virtud de la Sangre de Jesús, por un Camino nuevo y vivo, pasando a través del Velo.»

San Pablo.

TODOS quedamos boquiabiertos ante semejante oratoria del venerable Pastor. Nadie se atrevió a decirle nada. Pero él, cual si leyese el pensamiento de la mayoría que le escuchábamos, suplió nuestra deficiencia mental con decirnos :

—Permitidme, hermanos, una consideración más sobre el problema que acabáis de plantearme. Más de una vez yo me he colocado ante el dilema *Cristo o Maitreya,* y puedo deciros que esta delicadísima cuestión he llegado a resolverla con relativa facilidad después de haber aclarado la idea sobre el *Cristo cósmico* y el *Cristo planetario.*

Nosotros sabemos que uno solo es Dios, y uno solo el Poder divino que opera en todos los Planos cósmicos, en todos los Sistemas solares, en todos los Esquemas de Evolución que contiene cada uno de esos Sistemas que nos rodean por la inmensidad del Espacio.

Y por la Ciencia Oculta sabemos que cada Esquema de Evolución tiene 7 Períodos o Cadenas, denominadas «Saturno», «Sol»,

«Luna», «Tierra», &, y que en el Período Solar de nuestro Sistema hubo una entidad humana que en esa época llegó a *la iniciación más elevada,* y que después llegó a constituir nuestro *Cristo planetario.*

* * *

En literatura ocultista, nuestro Cristo planetario es conocido también como Cristo *histórico,* y esto es debido a su histórica aparición que hizo entre nosotros hace XIX siglos y a su evolución durante el Período Solar como entidad humana. Pero con decir esto último no quiero significar que El, antes de aparecer como Jesucristo, se hubiese revestido alguna vez de cuerpo físico, no: El nunca fué hombre, ya que no pudo serlo, porque en el Período Solar no podía haber hombres, porque, como bien lo sabéis, el Globo más denso de ese Período fué de materia astral. A ésto, precisamente, obedecen estas palabras del apóstol Iniciado S. Pablo» (Hebreos, 9) :

«Y vino el Cristo una sola vez para la consumación de los siglos», o sea, de los dos ciclos, para dar fin a este ególatra ciclo en que estamos sumidos como racistas, y para dar principio al ciclo de Amor Universal en que, bajo el régimen de Su religión, hemos de vivir como Hermanos:

Con tal fin fué que *el más elevado Iniciado del Período Solar* tomó el cuerpo de Jesús de Nazareth, y a los 33 años de su edad unificó en el Calvario, por medio de la Sangre, Sus vehículos con los vehículos de nuestro planeta Tierra, para constituirse así en nuestro *Cristo planetario.* A este Misterio solar se dirigen estas profecías de la Biblia :

«Enviaré a mi Hijo desde el Sol». Y «Para vosotros aparecerá el Sol de Justicia, trayendo salud eterna en Sus alas.» (Malaquías, 4, 2.)

Y a la aclaración de estas bíblicas profecías se refiere San Pablo cuando nos habla en sus epístolas del *Misterio solar oculto a los siglos y generaciones, pero que ha sido revelado a los santos Iniciados.* (Colosenses, I).

* * *

Ahora bien. Está en la conciencia de todos nosotros que el *Cristo cósmico,* esotéricamente considerado, es la segunda Persona o Aspecto de la Trinidad; pero que este Aspecto, esotéricamente visto, se presenta a nuestra consideración como un Estado de Conciencia, del cual forman parte todas aquellas Entidades que han llegado evolutiva y conscientemente a la plena posesión del crístico Amor, Poder y Sabiduría.

De manera que uno solo es *Cristo,* pero *Cristos* son todos los

conscientes cooperadores del Logos, es decir, todos aquellos que han llegado a unificársele conscientemente por Su segundo Aspecto. Así es que si me preguntáseis por la diferencia que hay entre el Cristo y Sus conscientes cooperadores que conocemos como Krishna, Buda, Hermes, Orfeo, Jesús, &, os contestaría diciendo que éstos evolucionaron bajo las proyecciones del Cristo cósmico, que EL fué antes que Ellos, y que Ellos llegaron a ser lo que es EL. Lo que llegaron a ser Ellos, lo seremos también nosotros, porque el Cristo es el supremo Fin de todos.

Y si me preguntáseis quién apareció entre nosotros, hace XIX siglos, por medio de Jesús de Nazareth, os contestaría que fué:

—El más elevado Iniciado del Período Solar.

—¿Y quién es El?

—Uno de nuestros Hermanos Mayores, pero Mayor que todos los Grandes Maestros e Instructores, por haber sido Iniciador de todos los Iniciados sobre la Tierra.

—¿Y con qué fin manifestóse El por medio de Jesús de Nazareth?

—Para sacrificarse por nuestro bien como *Cristo planetario.*

—¿Y qué bienes nos reporta el sacrificio del *Cristo planetario?*

—El que tenga oídos, oiga lo que nos dice San Pablo a este respecto (Hebreos X): «Hemos sido santificados por medio del ofrecimiento del Cuerpo de Jesucristo, consumado una sola vez para siempre. Y tenemos libertad, hermanos, de entrar en el Santuario sacrosanto (Templo de Iniciación) en virtud de la Sangre de Jesús, por un Camino nuevo y vivo que El ha abierto para nosotros, pasando a través del Velo, o sea, de la Sangre suya»... Porque: «Si la sangre de los animales purifica a los inmundos en cuanto a la carne, ¡cuánto más la Sangre de Cristo, quien por medio del Espíritu eterno ofrecióse a Sí mismo sin mácula a Dios, ha de limpiar nuestras conciencias de obras muertas (de resíduos kármicos) para que vivamos al Dios vivo!»

—¿Entonces no fué el Cristo cósmico el que se manifestó entre nosotros hace XIX siglos? Y si no fué EL, resulta que ni con la Escuela rosacruz podemos entendernos.....

—¡Entendámonos! Nosotros, en asuntos mercantiles y culinarios, abundamos en ideas y en términos, y podemos entendernos fácilmente; pero en estas cuestiones de alta espiritualidad, carecemos de ideas y también de formas con qué vestirlas; y si no espiritualizamos la idea que por intuición llegamos a vislumbrar sobre el *Cristo cósmico* y el *Cristo planetario*, hemos de vernos en la necesidad de personalizar a Entidades que carecen de forma personal, como en el presente caso, y con ello daremos a entender que debido a nuestra deficiencia mental colocamos al mismo nivel

a este nuestro mundo de formas y al mundo divino que carece de ellas. ¡No materialicemos, pues!

* * *

Luego demos a Dios lo que es de Dios y a César lo que es de César. Y tengamos presente que por mucho que nos espiritualicemos, siempre nos será difícil hablar de cosas divinas como quisiéramos, porque nuestro lenguaje no se presta a ello. Y en cuanto a nuestras nociones respecto al problema que aquí dilucidamos, decidme:

¿Qué sabemos nosotros de la fusión mística que forma una egoica *Chispa* cuando se funde en la *Llama* logoica? ¿Qué sabemos, qué podemos saber nosotros de la divina unión que forman los Septenarios Perfectos en el Mundo Divino? Sabemos que tal fusión existe, y sabemos que en el Mundo Divino la forman Orfeo, Hermes, Buda, Jesús, &; pero cómo se relaciona el *Cristo cósmico*, hipostáticamente, con el *Cristo planetario*, de ésto no sabemos nada, absolutamente nada.

—Ciertamente, argüiréis: muy pobres son nuestras nociones en ese sentido, y mucho más pobre lo es nuestro lenguaje; pero, aunque así no fuere, ¿podríamos acaso armonizar la Escuela teosófica con lo que nos enseña respecto a este problema la Escuela rosacruz?

—¡Cómo que nó! Hace unos veinte años, la Escuela teosofista (1) y la Escuela rosacruz (2) nos enseñaban que nuestro Sistema Solar tiene un solo Esquema de Evolución; y al darnos el hilo de Ariadna a través de los Globos de cada Período o Cadena, nos han hecho comprender lo complejo de la obra que en dicho Esquema nos ofrece nuestro Logos solar con Sus divinas Oleadas de Vida. Pero, durante estos veinte años de vida, nuestra capacidad mental ha ido desarrollándose, y ahora se nos enseña que *en nuestro Sistema Solar*:

«Hay *siete* Esquemas de Evolución, y la obra de cada uno de éstos la preside un Logos Planetario. Cada Esquema es la expresión de Su exaltada Vida, y las siete Cadenas de su Esquema son como sucesivas encarnaciones de esta Vida. Cada uno de los siete Logos Planetarios tiene, pues, ante sí un Esquema de evolución que desarrollar y dirigir.» (3).

Traducida en nuestro lenguaje esta cita de la última obra del genial Jinarajadasa, con este predilecto Chela de nuestra Blawatsky podemos ver que las dos Escuelas, teosófica y rosacruz, evolucionan respecto a nosotros según evoluciona la receptividad

(1) «Genealogía del Hombre», de A. Besant.
(2) «Concepción Rosacruz del Cósmos», T. II, de M. Heindel.
(3) «Fundamentos de Teosofía», cap. IX, de C. Jinarajadasa.

mental y que ambas coinciden en presentarnos los principios básicos de la actuación de nuestro Dios Solar con Sus «Siete Espíritus ante el Trono», o sea, con Sus siete Logos Planetarios, o sea, con todos aquellos que como Septenarios Perfectos han llegado a unificarse a sí mismos con El Mismo, como Cristos, por Su segundo Aspecto triádico, y con EL gobiernan para dirigir hacia EL la evolución de las Cadenas Planetarias de cada Esquema, de los Globos de cada Cadena Planetaria, de todos los seres de cada Planeta de nuestro Sistema solar. Y en cuanto a nuestro Planeta y su *Cristo planetario,* quiero decir, en cuanto a la Entidad que tomó el cuerpo de Jesús para los fines que aquí dilucidamos, yo estoy plenamente convencido de que en no lejano tiempo han de armonizarse también en ésto las dos citadas Escuelas de la Ciencia Oculta. No, no hay Religión superior a la Verdad, y de algunos años a esta parte vemos que la Verdad está abriéndose paso en este sentido, mediante el Cristianismo Liberal que capitanea Mr. Leadbeater, a quien todos admiramos como alma-vida de la Teosofía en Occidente.

Por lo que se ha dicho anteriormente, resulta que el *Cristo planetario* no se ha manifestado sobre la Tierra, hasta hace XIX siglos, sino una sola vez. ¿Sí o no?

—Así es. Unos 12.000 años antes del Advenimiento del Señor, a raíz del hundimiento de Poseidón, sabemos que principiaron a allanar Su camino los grandes Maestros, manifestándose periódicamente Rama, Krishna y Buda en la India, Lao Tse y Confucio en China, Zoroastro en Persia, Hermes en Egipto, Orfeo en Grecia, y Moisés entre los israelitas. Todos Ellos fundaron Religiones para sus respectivas Razas, y el *Cristo planetario* fundó Su Religión para abolir todas las Razas.

—¿Entonces tenemos que negar que antes de Jesucristo háyanse manifestado entre nosotros otros Avatares?

—¡No! Con esto yo no entiendo manifestar que Krishna, Shankara y algunos más no hayan sido Avatares, sino que Estos y todos los demás Maestros e Instructores hanse manifestado periódicamente para allanar el camino *al más elevado Iniciado del Período Solar,* a fin de que Este pueda llevar a cabo Su divina misión sobre la Tierra como *Cristo planetario.* Sólo desde este punto de vista podemos ver la luz que proyectan estas enigmáticas expresiones del apóstol Iniciado :

«Jesucristo es nuestra *Primicia,* y el Primero de la resurrección, que por Su sangre nos ha abierto un Camino nuevo y vivo.» (1 Corint. 15-23).

«Jesucristo es nuestro Sumo Sacerdote, Santo, Inmaculado, hecho más excelso que los Cielos.» (Hebreos, 7, 26).

«Jesucristo es la imágen del Dios invisible, y primogénito de toda la creación. Todas las cosas por medio de El y para El fueron creadas. El es la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia (del planeta Tierra). Plugo al Padre que la plenitud de todo residiese en El, y que por medio de El reconciliase Consigo Mismo todas las cosas.» (Colosenses, 1, 15-18).

—¿Pero con qué objeto hízose El, nuestro *Cristo planetario?*

—Con el indicado; para aunar todas las Religiones bajo un solo Credo, para convertir todos los Credos religiosos en un solo Credo científicamente religioso, y para realizar así el Reino de Dios sobre la Tierra?

—¿Y cuándo se realizará este Paraíso sobre la Tierra?

—En el *Acuario,* cuando converjan todos los Credos científicos y religiosos en la Religión Universal cuyos cimientos echó El en Su primer Advenimiento, pues sólo entonces habrá «un solo Rebaño y un solo Pastor». Este Pastor lo será El, nuestro *Cristo planetario.*

—¿Y quién aparecerá entre nosotros, cuando llegue tal plenitud de los tiempos, en Su 2º Advenimiento?

—Ya lo hemos indicado: *¡El más elevado Iniciado del Período Solar!*

¿Y cómo se llama El?

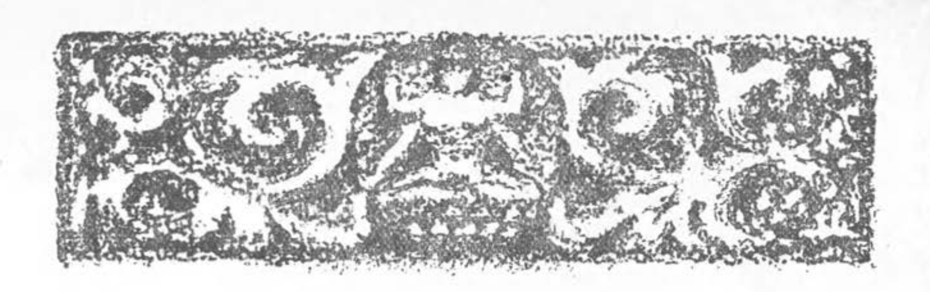
—Llamémosle Hakem o Sosiosh, Kalki o Epafos, Mesías, Maitreya o como mejor nos plazca, pero tengamos presente que se trata del *más elevado Iniciado del Período Solar,* del único Iniciado que posee los doce vehículos, del único iniciado que de XIX siglos a esta parte pulsa sobre la Tierra las doce cuerdas en el Loto de nuestro Sistema solar, del único Iniciado completo que, por haberse constituído en nuestro *Cristo planetario,* forma tal unidad mística con el *Cristo cósmico* que El resulta único Mediador perfecto entre Dios y los hombres, único vehículo por cuya mediación nuestro cósmico Sol esparce sus rayos espirituales sobre los hijos de los hombres de este Planeta. Por tal razón nos dijo El por medio de Jesús :

«Yo vine en Luz al Mundo, y estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

FRANCISCO BERTY.

Los centinelas piden la seña y contraseña a cuantos se les acercan. Haz tu lo mismo. Pide la seña y contraseña a cuanto acude a tu mente y no te sorprenderán jamás.

EPICTETO.



EL BIEN Y EL MAL

El bien sólo existe en el término ideal. Positivamente no nos damos cuenta del bien, sólo notamos la existencia del mal originado por nuestros pensamientos y bajas pasiones; tales causas producen tales efectos, aunque evidentemente todo no es malo; algo hay bueno y en mayor cantidad, si hacemos una comparación entre nuestra condición presente y la triste existencia de la humanidad en época mas remota. Esto lo debemos a la obra del progreso, obra muy lenta, pero segura, continua y admirable.

Pero no olvidemos que esa obra de las generaciones pasadas y presentes, por grande que la juzguemos, es desgraciadamente aun incompleta, puesto que el mal existe y nos lo prueba la necesidad que la sociedad ha tenido en todo tiempo y lugar de crear las leyes.

Estas son de dos clases: Primera, las leyes naturales que emanan del sentimiento y la bondad escrita en el corazón de cada ser humano al venir al mundo inspiradas por el supremo principio de justicia. «No hagas al prójimo lo que para ti no quieras», máxima que encierra en sí la más sublime expresión de justicia y de bondad.

Segunda: Ante el imperio del mal ha sido menester crear la segunda categoría: las leyes escritas con sus correspondientes códigos, castigos, cárceles, máquinas horribles de suplicio y de muerte.

Se dirá que estas leyes son necesarias al respeto del orden, condición primordial a la vida social: sí, convenimos en ello, pero es porque el mal extiende por doquier sus profundas raíces.

También son necesarias, sí, pero no se negará que muchas de ellas (por no decir la mayor parte) están forjadas por la tiranía contra la libertad, por la fuerza contra el derecho, por las misteriosas tinieblas contra la luz radiante.

Ley no es siempre sinónimo de justicia y el hombre de sano

juicio, de espíritu recto y temperamento libre, encuentra ante las leyes escritas otros tantos obstáculos que, en mil ocasiones, paralicen o entorpecen la acción de sus buenos sentimientos.

El imperio del mal lo prueba la última guerra mundial, el más terrible azote que la humanidad haya jamás presenciado, desde los tiempos más remotos, catástrofe provocada por la locura, el orgullo y la ambición de los hombres, como tambien vemos que hay quien trata de monopolizar en su provecho toda la riqueza mundial, fruto del trabajo de los hombres de la tierra. Ellos engendran el mal en sus mil variadas formas, aniquilando lo que podría ser la fructífera obra del bien.

El bien es sinónimo de justicia, de amor al prójimo, de cuanto hay puro, bello, e ideal.

A riesgo de exponer un excesivo pesimísmo y de no ser del parecer vuestro, añadiré que hasta en el seno de nuestra sociedad se notan los mismos síntomas del mal que reinan en el mundo profano, y en efecto, teóricamente pretendemos estar despojados de los defectos del mundo profano, pero en la vida práctica somos muy distintos.

El amor al prójimo, la tolerancia, el devolver bien por mal, el querer bien a nuestros enemigos, el no ser egoista, el deseo de ayudar; todas estas son virtudes que imperan en nuestras doctrinas y que como tales nosotros las hemos aceptado con promesa de practicarlas.... sin embargo, ¿cuántas y cuántas veces podemos darnos cuenta de que el altruismo y la tolerancia de nuestros ideaies se cambian en un mezquino interés personal o en un inexplicable sentimiento de vanidad ávido de glorias u honores representativos? ¿cuándo sabremos hacer el sacrificio de nuestro amor propio en beneficio de los intereses de la humanidad entera?

Dicho sea sin ánimo de la menor ofensa y sí únicamente para recordar a todos los que pertenecen a nuestra Sociedad Teosófica, que fiel a sus principios proclama la más absoluta tolerancia y fraternidad, y por lo tanto, dentro del seno de nosotros mismos así debíamos de obrar.

Bien sé yo, que antes de ser estudiante de las doctrinas teosóficas y aspirante a teósofo hemos sido y aun seguimos siendo la mayor parte de nosotros hombres como los demás, y como tales conservamos inherentes la mayoría de los defectos que tienen todos los seres humanos. Bien sé yo a juzgar por mi mismo la imposibilidad de pedir a los hombres actuales el obrar como nos cuentan de los ángeles de las leyendas cristianas, pero si en el estado de hombres vulgares no hemos podido ser mejores, como estudiantes y aspirantes a teósofos debemos esforzarnos en cumplir con nuestro deber.

La Teosofía, por nobles y justos que sean sus ideales, no conseguirá su objetivo si los miembros de la Sociedad Teosófica no estamos convencidos de la urgentísima necesidad que tenemos de someternos al sacrificio de nuestra entera personalidad para servir a la humanidad.

No es lo suficiente que seamos buenos estudiantes y que se conozcan perfectamente nuestras doctrinas, es preciso sentirlas, practicarlas, vivirlas, dando ejemplo de ellas en todos los actos y momentos de nuestra vida, demostrando siempre nuestro altruismo y una abnegación inmensa en el amor a todos.

Respetemos a todo ser viviente, la opinión y el pensamiento de nuestros hermanos; perdonemos sin rencor los agravios recibidos, y antes de echar la piedra a otro, examinemos si nuestra conciencia está tranquila; seamos excesivamente tolerantes y fraternales con toda nuestra mundial familia, demostrando que entre todos nosotros no existe otro distintivo.

FERNANDO M. ZARRACALLO.

NOTICIAS

La Logia de Letchworth, Inglaterra, desea entablar correspondencia con algunas Ramas de España con objeto de hacer un intercambio de ideas sobre las varias actividades de la común labor teosófica. Los miembros de dicha Logia opinan que podemos aprender mucho unos de otros, y que una mejor comprensión de los distintos puntos de vista en asuntos de interés internacional contribuirá a demoler las barreras que puedan existir formadas por las diferencias de razas y de países.

Las Ramas de España que deseen responder a esta invitación podrán dirigirse a la Srta. Esther Nicolau, Secretaria Liga Internacional de Correspondencia, Clarís, 14, Barcelona, quien las pondrá en comunicación con la Logia de Letchworth. La correspondencia se intercambiará en español.

* * *

Nos participan de Valencia que el día 7 de octubre se inauguró el curso de conferencias anuales que organiza la sección de propaganda del Grupo «Gnosis», afecto a la Rama. La primera con-

ferencia corrió a cargo del joven Fernando Valera, nuestro querido hermano, bajo el lema «La Teosofía como síntesis de una nueva civilización».

* * *

También en el segundo domingo del pasado mes principió Rama Arjuna de Barcelona sus conferencias públicas, inaugurando el presente curso D. Ramón Maynadé.

* * *

Gozamos en anticipar a nuestros lectores el anuncio de la publicación en esta Revista de la importantísima joya del ocultismo, CUANDO EL SOL AVANZA HACIA EL NORTE, que contiene el «Ritual Místico de la Historia del Año en los Seis Meses Sagrados» y «Las Enseñanzas relativas a la Resurrección de las Verdes Hojas» de Mabel Collins, autora de «Luz en el Sendero», «El Despertar», «El Idilio del Loto Blanco», etc.

Empezando por el próximo mes de diciembre daremos sucesivamente en cada número todo el texto relativo al especial desenvolvimiento interno del aspirante de acuerdo con las favorecedoras corrientes de la magia universal y las trascendentales prácticas de pensamiento y de conducta que favorecen el despertar del alma a las regiones de la paz y del contento.

Esperamos que a la publicación de esta importante obra inédita en español responderá el interés de todos nuestros queridos suscriptores.

* * *

Hasta nosotros ha llegado el eco sonoro del vasto rumor que la labor del Dr. Ernesto Vood y de su esposa Hylde ha despertado en Chile, lugar último donde han extendido la propaganda teosófica en su campaña mundial.

Los periódicos de la república sudamericana han informado promiscuamente al mundo interesado y al profano sobre los sistemas de explaye espiritual del individuo y de la humanidad propagando la Teosofía como ciencia aplicada y como ideal futuro cuya cima escalarán las humanidades por venir.

Ante nosotros tenemos varios periódicos de la capital chilena donde en lugar preferente, abarcando páginas enteras, las conferencias del Dr. Vood aparecen taquigrafiadas y que nuestros hermanos teósofos de allá nos han enviado. En uno aparece el retrato de los esposos Vood con su clara mirada y su sonrisa ingénua.

Proceden ambos de la India donde en Bombay ejerce el esposo

el cargo de catedrático de la Universidad. Han vivido también en Adyar, la tierra madre que abriga el centro teosófico del mundo.

El profesor caracteriza la mente triunfante y doquiera divulga los métodos de entrenamiento mental estimulando el poder divino latente en todo ser, haciendo con sus pulsaciones sabias vibrar las cuerdas de la simbólica dormida arpa becqueriana. Poseedor de los secretos de todo buen conferenciante, ha amenizado las teorías, siempre áridas, con ejemplos y casos prácticos de curioso éxito llevados a cabo con preferencia entre los mismos oyentes interesados.

Hylde de Vood, su simpática y joven esposa completa, su tarea con las ternuras de su alma fémina. Habla de Rabindranath Tagore y de su influjo espiritual en la India moderna. Y es toda corazón, toda latido y eleva muy alto el temple sentimental de la raza latina con las dulzuras maternales del poeta de Bengala.

Los esposos Vood son el símbolo del hombre ideal. Sus dos almas, como alas que une el amor, llevan lejos la paloma mensajera de la Teosofía. Que llevados por el afán de sus vuelos ejemplares, eleve tras ellos la humanidad la mirada a las esferas puras.

* * *

Por medio de nuestra Secretaria Internacional de la Liga de Correspondencia nos ha sido facilitada la siguiente nota de la Argentina :

El calor fuerte y sostenido del pasado verano ha hecho que se suspendan las sesiones que regularmente celebran algunas Ramas del interior, y la correspondencia con Paraguay y Bolivia se ha hecho muy difícil a consecuencia del estado de revolución por que dichos países han venido atravesando.

En Buenos Aires, a pesar del calor, las Ramas han continuado sus reuniones y han concurrido muchos extranjeros.

Se han dado varias conferencias entre las que puede mencionarse la de Mr. Walter Owen sobre «Tutankamen y su suegro», en la que llegó a verse un número extraordinario de visitantes.

Los viernes se dan clases para curiosos y aspirantes en que se estudian varios temas escogidos por la Sra. Gowland y el libro «Sabiduría Antigua» y los miércoles se estudia la Doctrina Secreta por unos cuantos miembros escogidos.

Se trabaja en el Centro Francés y se espera constituir el núcleo de una Rama Francesa.

Crece el reparto del órgano oficial «Teosofía en el Plata».

La Sra. Gowland ha partido para recorrer las Ramas de la Argentina.

* * *

De «Theosophy» traducimos:

Una de las notas más salientes del Congreso de Viena fué el gran número de jóvenes que a él asistieron. En algunos momentos parecía una Liga de Juventud que infundió en los asistentes su entusiasmo y alegría. Como resultado de las reuniones tenidas durante el Congreso se acordó formar una Federación Europea de Trabajadores Teosóficos Jóvenes, y se eligieron los siguientes cargos: Presidente, Mr. J. Krishnamurti; Vicepresidente, Mr. D. Ràjagopalâchària; Secretario, Mr. H. van der Veen; Tesorero, Mr. T. C. Humphreys.

Miramos ante nosotros el éxito futuro de esta Federación, y es un buen augurio para la Sociedad Teosófica el que tantos trabajadores jóvenes vengan a cargar sobre sí la responsabilidad del trabajo.

Se dice a veces que nuestra juventud se inclina a la ingratitud para con la generación de sus mayores. Creemos, sin embargo, que en la juventud que trabaja en los diversos movimientos que conducen a una nueva edad, existe un espíritu sincero de apreciación de los que, viejos trabajadores, pasaron la vida dedicados a la causa de la humanidad. Y por otra parte, ¿no pedimos demasiado cuando pedimos gratitud de los jóvenes? ¿Qué habrá de serles este mundo que les transferimos? Ciertamente es un mundo de contiendas y disensiones en el que la belleza y el amor no son sino raras excepciones. La carga de lo futuro se halla sobre los hombros de la juventud de hoy. Procurémosles pues toda clase de ayuda y aliento, no dándonoslas de protectores condescendientes, sino reconociendo la verdad de lo reconocido por la Doctora Annie Besant en el «Theosophist». La Edad Nueva es para encontrar y conducir a los jóvenes, y nosotros los de más de treinta años tornaremos prestamente con nuevos cuerpos para ayudarles.

* * *

Dice «Theosophy»:

La causa del internacionalismo recibió nuevo ímpetu en el Congreso de Viena con la formación de la Liga para la Federación de las Naciones (Secretario de Honor, Mr. Sharp) y por reunir miembros franceses y alemanes que formaron el plan de procurar que se llegue a mejor inteligencia entre los pueblos de sus países respectivos.

* * *

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Ha dado recientemente a la publicidad la Biblioteca Orientalista la esperada obra histórica «Catecismo Buddhista», del Presidente Fundador de la Sociedad Teosófica Henry S. Olcott, cuyo

permiso recabó D. José Xifré del propio autor para su publicación en español.

Este manual, que usan actualmente todos los profesos de las doctrinas de Gautama el Buddha, unió las *sanghas* del norte y sur de Asia largo tiempo divididas por cuestiones dogmáticas, aboliendo los cismas establecidos.

En el Apéndice se lee el documento justificativo de la aceptación de los catorce principios fundamentales del Buddhismo como fórmula de unidad firmado por los sacerdotes de Birmania, Ceilán, Japón y Chittangong.

Consta el texto de los capítulos: La Vida del Buddha, El Dharma o Doctrina, la Sangha o Iglesia, El Progreso y Difusión del Buddhismo y El Buddhismo y la Ciencia, que en forma de preguntas y respuestas pone al alcance de todas las conciencias amena, clara y profundamente a la vez, la esencia humana y divina de la religión que ha llenado las aspiraciones de más almas.

Infinidad de ediciones han difundido la luz en el corazón de oriente. Esta primera edición española está traducida de la 44.ª inglesa.

Si no en extensión, en profundidad al menos, derrame la sabiduría del mayor de los Buddhas redentores sobre las almas sedientas de verdad entre los occidentales.

* * *

Espléndidamente editado por la imprenta «La Neotipia», de Barcelona, nos ha sido regalado un ejemplar de «Elogio de la Inquietud», de Ernesto Winter Blanco.

Alguien, aquí, pensará seguramente sobre lo *antiteosófico* del título. Parece como si al apreciar la envoltura de las cosas y los hechos, fuera deber nuestro estampar de buenas a primeras la marca en ellos de censurable bastardía. Pero lleguemos antes con benevolencia al alma. Abramos el libro, y he aquí como define el autor la inquietud que elogia :

«La inquietud es hambre y sed de justicia, de ciencia, de progreso; hambre de vida, sí, de vida sentimental, que sólo existe cuando los afanes materiales pueden ser pospuestos y ocupan el lugar secundario que les corresponde en nuestra vida integral.»

La obra posee un mérito extraordinario para la raza española: el ser de un español. De uno que late con sus anhelos, capacitado de sus vicios, consciente de este adormecimiento que guarda en latencias quizás hechos para el mañana de una magnitud imponderable.

España y la América española dirán su palabra al mundo con un pensar y un sentir propios, genuinos, llenos de la pureza de su

cielo y de la fecundidad de su campiña, ébria de sol. Su génesis es «Inquietud». He aquí su norma que elogia en hechos y en pensares el autor.

Obra íntegra de elevación social y ciudadana, es una llamada al alma latina apasionada y sentimental, capaz del mayor esfuerzo con el báculo de sus propias posibilidades en su mano. Un compañero verdad de nuestra juventud porque la comprende y la quiere.

El libro, como señala el propio autor, posee defectos, no hay duda. Pero tiene alma poderosa. No hará santos, pero hará hombres.

Y más teosóficamente, diremos aún que la inquietud, (lo contrario de quietud, de pasividad) no se puede definir aquí como capricho, ni impaciencia, ni desasosiego, ni turbación, sino como el sereno impulso continuado del espíritu que perfora eficazmente la difícil masa del vivir; la vida del ego que invirtiendo la esencia de Atma, llega aquí a la acción tamizada por el puro sentimiento de Buddhi, el pensar de Manas y la emoción del Astral.

La acción por sí sola no tiene valor alguno si no está dirigida por el esfuerzo que es la aplicación de la voluntad consciente y razonada.

El valor de este libro está en su moral, en su filosofía media de la diaria vida, en su potencialidad. Enseña la ruta por el sendero de *humanidad*, primer peldaño de la realización divina. Predispone al raudal de lo superior por la eflorescencia virgen del medio receptivo para aplicarle. Es el naturalismo integral que escala por sí mismo el super-naturalismo o el sano idealismo.

Y para los que teman aún ahora la palabra *inquietud*, diremos para serenarles que es el libro una invitación al logro de una realidad que siendo Vida intensa, es Paz.

«*Ningún hombre puede juzgar a otro mas que con arreglo a la medida de su propio discernimiento; no perjudiques a tus propias posibilidades de desarrollo, condenando en otros la posesión de las facultades que no conoces tú.*»

«*En cada hombre permanecen ocultos los gérmenes de facultades que jamás se desarrollan en la tierra y que no tienen referencia ninguna con este plano de conocimiento.*»

«*Trata de recobrar tu propia alma. Es el tesoro escondido, perdido en las cavernas de los sentidos.*»

«*Los malos pensamientos corroen el caracter. Unicamente el Espíritu posee poder sobre el caracter para purificarlo.*»

MABEL COLLINS.

Imprenta de Juan Sallent - San Quirico, 32 y Jovellanos, 24 al 28 - Sabadell